

## DUELO NACIONAL

Nuestra Revista se asocia al duelo de la Iglesia y de la Patria por el fallecimiento del Ilustrísimo señor doctor Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, y rinde homenaje de admiración a la memoria del insigne prelado que fue modelo de sacerdotes y patriotas.

### El ilustrísimo señor Bernardo Herrera Restrepo

Refiere Amiano Marcelino, escritor eclesiástico del siglo IV, que en el reinado de Valentiniano se obró una verdadera y muy saludable transformación religiosa en el patriado de Roma, y declara que en el palacio del Prefecto del pretorio, Sexto Petronio Probo, solían congregarse en esos tiempos los jóvenes que más ardentemente participaban de estas ideas renovadoras. Sobresalían entre todos ellos, dos cuya fama aún perdura en los anales eclesiásticos. Era el uno hijo de un antiguo prefecto de las Galias y contaba entre sus antepasados con buen número de cónsules en la antigua república, de mártires de la fe cristiana. El otro, mucho más rudo y de carácter más atrevido, era dálmata, y gustaba a la vez, por aquellos días de la oratoria y de la poesía de los viejos romanos, de la sencillez y sublimidad de los escritores sagrados. El primero se apellidaba Ambrosio, y en breve habría de ser obispo de Milán; el segundo se llamaba Jerónimo, y presto, recogido en la soledad de una gruta en Belén, vertería a la lengua del Lacio, el contenido todo de las divinas escrituras.

Sin ánimo de establecer comparaciones, que, dadas las naturales diferencias de los tiempos y aun de los lugares, resultarían por lo menos, peregrinas y extrañas, la verdad es que acá entre nosotros se hizo también ostensible una muy saludable transformación religiosa allá en los tiempos en que gobernaba la Nueva Granada el general Pedro Alcántara Herrán. Debióse esta transformación principalmente a la presencia y sobre todo a la acción del Ilustrísimo señor Manuel José Mosquera; contribuyeron además a ella la reforma llevada a cabo en la instrucción pública por el doctor Ospina Rodríguez, la prosperidad de que momentáneamente disfrutaba la nación, la bondad de las nuevas instituciones políticas y sobre todo la austera virtud de no pocos hogares santafereños. En estas casonas coloniales, propicias para la quietud y la calma de la oración, se formaban por entonces dos jóvenes destinados, a ejercer grandísimo influjo en el pensamiento religioso del país. Bernardo Herrera Restrepo y Joaquín Pardo Vergara, emparentados con las familias más esclarecidas en Santa Fe, sobresalían por aquellos tiempos entre todos los jóvenes por su piedad y daban además muestras de ser para la incipiente nación una esperanza y una promesa.

Ambos han desaparecido ya de en medio de los hombres, y la historia, serena e imparcial, va a comenzar muy en breve a esclarecer el mérito de la acción llevada a cabo por estos dos eximios varones. El señor Pardo Vergara, luego de haber desempeñado en Bogotá, con grandísimo acierto, los más delicados cargos eclesiásticos, fue preconizado obispo de Medellín, y su memoria perdura allí como símbolo perenne de la caridad y de la dulcedumbre apostólicas. El señor Herrera Restrepo—que ahora acaba de morir—logró ga-

bernar como pontífice por el largo espacio de cuarenta y dos años, primero en Medellín y luego en Bogotá, desde donde pudo extender la acción benéfica de su espíritu sacerdotal por todos los ámbitos de la república.

El pontífice que acaba de entregar serenamente su alma a Dios personificó, por rara y feliz coincidencia, casi toda la historia del país. Nació cuando la Nueva Granada llegaba al período de su pleno desarrollo; tocó educarse en los tormentosos días de la Confederación granadina; ejerció el ministerio sacerdotal cuando ésta nuestra república tomaba el nombre de Estados Unidos de Colombia, y vino a ser obispo en los precisos momentos en que una saludable transformación se obraba en el derecho público de Colombia,

Todas estas circunstancias le hacían apto para conocer de un modo clásico y casi experimental la historia de nuestro país; fuera de que como nieto del historiador Restrepo e hijo de don Bernardo Herrera Buendía, el eximio convencionista de Río Negro, oyó desde los días de la infancia y en el propio hogar las más provechosas lecciones en este punto.

A ello se debió ciertamente el tino y discreción con que el señor Herrera Restrepo procedió en las relaciones con el Gobierno de la república.

Dirigido por las sabias enseñanzas que León XIII había dado en las cartas encíclicas «Immortale Dei» y «Diuturnum», adocrinó a los colombianos en los sanos principios, cosa indispensable particularmente en los primeros tiempos de arzobispado del señor Herrera. Experto conocedor de nuestra historia, supo dar siempre los más acertados consejos, aun a los hombres de Estado, y su acción fue en este punto inmensamente benéfica.

Tocóle comenzar a gobernar la arquidiócesis cuando más agitada era la política colombiana, y en los precisos momentos en que muchos ciudadanos pedían reformas en la constitución de 1886. Lejos entonces de desconocer este clamor de los pueblos, decía en la carta-pastoral de aquellos días:

«Las instituciones humanas, por más perfectas que se las reputa, son siempre susceptibles de enmiendas y reformas que dicta la experiencia y que reclama la opinión de los ciudadanos honrados y animados por los verdaderos intereses de la sociedad. Así, hago votos porque los encargados del gobierno y los legisladores en particular lleven a cabo aquellas reformas que aseguren la paz, que faciliten la buena marcha de la sociedad y que aseguren los derechos legítimos de los ciudadanos».

Si se hubieran implantado aquellas reformas que pedía la opinión pública y que el señor Herrera deseaba, seguramente la guerra que en breve vino a agostar, hasta dejarlo yermo, el territorio patrio, no habría sido posible. Más una vez que ella comenzó a asolar el país, el señor Herrera se dio a la tarea de predicar la concordia y el amor con espíritu verdaderamente apostólico, y por eso decía a sus sacerdotes por ese tiempo: «Emplead vuestros esfuerzos en apaciguar los ánimos y atraerlos a la obediencia, al respeto de todos los derechos».

Sorteó habilísimamente problemas tan arduos y difíciles de resolver como el cambio de gobierno efectuado de manera insólita en plena guerra; como el de la dictadura que siguió, por una secuela natural, al terminar la lucha, y vio lleno de regocijo el advenimiento de una era de progreso para el país, porque es menester confesar que el señor Herrera Restrepo, que

era en rigor el varón justo y santo, no despreciaba las cosas de acá abajo y sabía dar a Dios lo que de Dios era, y al César, lo que a él le pertenecía. La virtud sobrenatural no había destruído, como no destruye nunca si es verdadera, aquellas otras prendas que constituyen al hombre completo y sano de alma y de corazón. Amaba a su patria que había conocido infortunada, amaba a su familia y sabía ser leal con sus amigos. Nunca apareció en sus labios el gracejo que diluye y desmenuza los ideales de los hombres; no entendió las sátiras, ni gustó jamás de humorismos peligrosos.

Por sobre el hombre, que era completo en la mejor acepción del vocablo, surgía siempre el sacerdote y el espíritu sacerdotal se imponía en los pensamientos de su alma, en las afecciones de su corazón, en las acciones todas de su vida. Era un sacerdote. Había aprendido a serlo en San Sulpicio y la austeridad de la doctrina del señor Oller había penetrado en su alma hasta lo más interior. Esta doctrina, que se funda en una especie de muerte de todo lo terreno y de resurgimiento o resurrección de todo lo espiritual, o divino, era suya de modo especial, y en realidad se nos presentaba de continuo como un hombre mortificado. Es increíble la paciencia con que padeció las últimas enfermedades y particularmente la pérdida de la vista; otros hombres suelen hablar de sus enfermedades y hasta de la paciencia que con ellas tienen; el señor Herrera Restrepo no hablaba nunca de estas cosas y cualquiera, al acercarse a él, hubiera creído que aún veía. Llevaba su mortificación hasta burlarse de sus propias enfermedades, y siempre, aun en la última, conservó la misma ecuanimidad y quietud de espíritu que todo el mundo conoció en él en otros tiempos.

Era un hombre extraño al placer, hasta el punto de

que nunca gozó de esparcimiento alguno, por insignificante que pareciera. Sumiso al reglamento más severo, jamás se apartaba de él, y todo en torno suyo nos revelaba una austeridad suma y una mortificación completa. Ni el goce de la naturaleza, con su múltiple variedad de formas bellas, ni las amenas lecturas, ni el trato y comunicación con amigos, le separaba en lo más mínimo del cumplimiento de sus deberes. Vivía para ellos y para ellos llevó el sacrificio hasta la muerte. Durante largos años se levantaba a eso de las cinco de la mañana y luego de haber hecho su oración mental, según la idea de algún libro sulpiciano, decía la misa; a las siete de la mañana se sentaba en el confesionario y prolongaba por horas enteras este ejercicio del celo sacerdotal a que era aficionadísimo, por creerlo, como es de hecho, muy eficaz para la santificación de las almas. Hacia el medio día atendía con serenidad y ecuanimidad absolutas al despacho de los asuntos oficiales, y a las cinco de la tarde daba su paseo en coche, generalmente solo, y parecía que aun en este caso cumplía con su deber, semejante a todos los demás que había llenado el día.

Nunca manifestó fastidio, ni cansancio, ni ánimo alguno de mudar de vida. La monotonía formaba el fondo de aquella alma profundamente mortificada y absolutamente ecuaníme; de donde se desprende que él había llegado al grado máximo de la mortificación de que hablan los ascetas, conviene a saber: la mortificación continua y aun en cosas insignificantes.

Parecía no ser un hombre activo y lo era sin embargo, en grado sumo: semejaba estar siempre en un reposo lleno de majestad, y no obstante trabajaba sin cesar. Contribuyó como ningún otro colombiano al desarrollo de la instrucción y educación de la juventud

y puso particular empeño en la fundación de colegios y escuelas; los hermanos de las escuelas cristianas deben a este prelado la influencia utilísima que hoy ejercen en casi toda la república. Pero al mismo tiempo con espíritu amplio protegía a los padres jesuitas, sus antiguos maestros, y sin hacer distingos sutiles en los métodos de enseñanza, creía lo mismo de útil *La conduite* de los hermanos que el *Ratio studiorum* de los padres jesuitas: no creía, eso sí, en los métodos modernos y abominaba de ellos; pensaba, antes bien, que fortificaban más el espíritu y fortalecían más las almas los antiguos tradicionales métodos de enseñanza.

Parecía aparentemente no gustar de ciertas formas de acción y no obstante esto a él se deben las instituciones más benéficas de acción católica. Amaba, como el Salvador, a los niños, y el instituto de San Bernardo revela hasta dónde pensó en proteger la infancia; pero no descuidaba por eso a los ancianos, y a él se debe la presencia entre nosotros de las Hermanitas de los pobres y sobre todo de las hermanas de la Presentación de Tours, que hoy administran buen número de hospitales de caridad en toda la república.

Pocos prelados han favorecido tanto entre nosotros al clero secular como el señor Herrera Restrepo. La obra principal de él fue la reforma de este clero, que él inició como rector del Seminario desde los tiempos del señor Arbeláez, y sin embargo, las órdenes religiosas fueron favorecidas, y a él se debe la fundación de casi todos los institutos religiosos en el país y particularmente en la capital de la república.

Por sobre el hombre y por sobre el sacerdote mismo, surgía en el señor Herrera Restrepo el pontífice. Tenía el dón de la majestad y sabía darla a conocer como cosa en él natural; aun reducido al lecho del enfermo era, y sabía demostrarlo, el Arzobispo de Bo-

gotá. Nunca tuvo familiaridad alguna con nadie, y aun para sus mismos íntimos, era el hombre de autoridad. Sabía mandar y sabía hacerse obedecer, sin vacilaciones perjudiciales; gustaba de dejar a sus súbditos en el uso de la libertad natural de quien debe por sí mismo desarrollar una obra confiada por el prelado; una vez que había ordenado algún trabajo a alguno de sus sacerdotes, no intervenía en manera alguna y dejaba que ellos obraran por sí mismos.

Y no toleraba nada que pudiera ir en contra del decoro y dignidad sacerdotales, y en este punto era inflexible. No obstante esa inflexibilidad, era caritativo y sabía olvidar las miserias y debilidades a que todos los hombres están expuestos.

Como pontífice gustaba del esplendor del culto, y por eso puso particular empeño en restaurar la catedral y en que las ceremonias litúrgicas se acomodaran en un todo a las prescripciones de la iglesia. En su catedral, en los días en que celebraba de pontifical, era la majestad misma; en los días de ordenaciones sacerdotales, cuando en los tiempo de semana santa consagraba los óleos, cuando vuelto al pueblo impartía la bendición, la imagen de los más santos pontífices se hacía presente al pueblo cristiano.

*Episcopus ego sum*, había dicho San Hilario en un momento solemne, y toda la vida del señor Herrera Restrepo se resume y compendia en esta sola frase: *Episcopus ego sum*. No parece sino que todas las enseñanzas y prescripciones que el apóstol San Pablo daba a sus discípulos, los obispos de Tito y Timoteo las hubiera reducido el señor Herrera a la realidad dentro de un siglo apartado ya en mucho de la fe de las primeras edades.

Por eso la imagen de San Ambrosio, el obispo de

Milán, se aviva y vivifica al traer a la memoria la vida del Ilustrísimo señor Bernardo Herrera Restrepo. San Ambrosio fue, ante todo, un pastor de almas; un pastor perfectísimo que entendía muy bien qué era dar la vida por sus ovejas, y eso era el señor Herrera, que puso por lema de su episcopado aquellas palabras del Apóstol, que dicen: «Daré cuanto tengo y aun me entregaré a mí mismo por la salud de vuestras almas».

La labor apostólica del señor Herrera y su actividad llenan la historia de medio siglo de nuestra vida religiosa, desde los días agitados de la república federal que se llamó Estados Unidos de Colombia, hasta los tiempos más bonancibles para la Iglesia, que sólo formaron los últimos años del episcopado de este eximio Arzobispo.

Imposible parece dar en esta hora de consternación y desamparo para el clero, una biografía completa del señor Herrera Restrepo. Un día se escribirá ella y se verá hasta dónde fue eficaz la acción del santo prelado. Mientras tanto, no podemos aspirar a otra cosa que a dar en estas breves líneas el testimonio de nuestro amor y veneración por el santo Arzobispo, que nos ungió con el óleo sacerdotal y nos dio a conocer en toda su majestad, la grandeza del sacerdocio católico, de que él fue el más auténtico representante entre nosotros.

JOSÉ ALEJANDRO BERMÚDEZ,  
Presbítero.

